

En Casa los Fantasmas Vuelan

Diego Sobrevilla Moncayo



Capítulo 1

Procesión



Ha llovido mucho. Por primera lo vez lo vemos. Se ha caído el cielo, y nosotros con él caemos. Mientras tenga memoria lo seguiré diciendo, hasta que no recuerde nada y este sea mi único rezo.

El sol está escondido, oscurecido por las nubes, pero se sabe que es de día, aunque no por mucho tiempo. Comienza a hacer frío y el cielo se ve gris. Aquí las noches son para fecundar la tierra, y para eso nada mejor que el agua. Pero hoy es diferente, porque llueve desde temprano. Se puede decir que todo el día ha estado así. Como brisa de alegría, como sudor de acto carnal, el valle está atizado de agua. Hoy es de lo que más hay.

Con sus pies descalzos y macerados, cubiertos de tierra húmeda, los pupilos se mueven aprisa, corriendo desorganizados por el lodazal de las faldas de la comuna. Se dirigen hacia la cúpula. Allí están todos.

Tropezando suben los peldaños, uno a uno, deteniéndose porque sus pies son pesados, así que los limpian del lodo que arrastran. Cuando terminan, continúan subiendo, hasta que se detienen, para limpiarlos otra vez. De esto hacen un ritual, hasta que llegan a la meseta.

Ahora corren por el empedrado, rompiendo con sus pies los charcos, perturbando su serenidad, y nacen olas que matan a las que surgen cuando sus compinches dan zancadas a la par. Con todo, lo que suena es su eco. Cuando pasan el portal, el único ruido que se escucha es el de la lluvia que cae por las tejas de barro.

No hay nadie más aquí, así que continúan su camino. Las casas pintan un cuadro bohemio: por unas ventanas se ve que hay luces, lámparas encendidas que viven unas más que otras. Por otras las cortinas vuelan, castigando el aire y cayendo al suelo. Un postigo se mueve en vaivén, rechinando con violencia, como si buscasen vencerlas. Del otro lado, se escuchan puertas azotando las paredes de piedra. Todos sonidos sordos, a excepción del cobertizo, pues sus bisagras lloran, alertando de súbito a los pupilos tras cruzar el callejón en donde se encuentra.

Por fin han alcanzado a la hueste y se suman a su camino. Secan sus rostros con sus manos, y aprovechan para tener un respiro. Ahora que descansan, sienten cómo sus cuerpos se estremecen. Castañetean. Pero el calor de la muchedumbre amortigua su necesidad, así que se mezclan con ella. Avanzan en su faena y se emparejan con los pasantes de la otra cola del camino. Asombrados lo descubren. No creen lo que ven. Es una procesión.

Madre de las Luces ha muerto.

Capítulo 2

Inquebrantable

...un alma es libre al fin.

Moran en silencio sus emociones, organizadas por montones, haciendo alianzas entre ellas. Unas vienen y otras van. Se saludan. Se hacen señas. Se ensalzan. Es lo que se hace en tiempos de paz. Otras, para bienestar y equilibrio del presente, se dice, discuten y se agreden. Verborrea. Establecen un convulso negocio, que convierte los aires de un terral en un torbellino. Y como todo aquello que en este mundo ha habido, hay y pronto habrá, esos aires vienen y se van.

Se establece su política con leyes indescifrables, ininteligibles y, aun así, viables. Por más impolutas que sean, sirven como poleas, que tiran del espíritu hacia arriba, cuando se siente pleno y hacia el cielo aspira, o hacia abajo, cuando está sumergido en el desprolijado de su apariencia y en la necesidad de penitencia. Así funcionan estas cosas, un día el sol brilla en tu cara, y al siguiente le lloras a la luna.

Inspira profundo y abre sus ojos. Se prende una mecha.

La tensión crece. Emociones al borde de la guerra. Se escuchan las trompetas. Todo está en suspenso. Todo es rojo. Nace un sentimiento. A flor de piel.

Pero no desiste. Es inquebrantable.

Su cabeza se calienta. Sus pupilas se dilatan. De sus ojos surge agua que lava sus pestañas. Su boca tiembla, quiere hablar. No puede. Su cuello adolece rígido, como el tronco de un roble. Su corazón está enterrado en su pecho, golpeando con violencia contra el hueso, como si quisiera escapar haciendo caso omiso de que todo lo que dentro de su cuerpo yace, está condenado a perecer junto de inicio a fin.

Nadie se sabe si es sudor o lluvia torrencial lo que a su cuerpo cubre, apremiando por curarla y levantarla del suelo cuando sus pies finalmente se rindan.

Los presentes detrás de ella vislumbran azorados. No cae. No hay grieta alguna.

Levanta su mano, señala el cielo...

Llora.

Y cubre todo su reino, hasta el más pequeño espacio que existe entre quienes la rodean. Resuenan sus llantos, poderosos y sinceros, puros, que al más fuerte fortalece y al más débil incinera. Es devastador, la noche ha sido negra.

Termina y se incorpora. Quién diría que segundos atrás el mundo se detuvo para observar a un coloso despotricar en contra de su creador e instantes después se miraba sereno e imperturbable.

Cierra sus ojos. Se establece la política. Hoy existe un nuevo orden.

- ¿Qué sueños soñamos juntos? – preguntó.

- Es lamentable, madre... – respondieron sus hijos.

- Soñé que besaba sus palmas.

Capítulo 3

Las Palmas

En algún lugar del orbe, un rincón tan inhóspito como el Sahara, o el frío abisal del Pacífico, no existe materia que se compare, ni remotamente, a lo que transcurre por sus aires. Sólo el eco de las voces que cruzaron sus caminos, el color de las emociones que alumbraron sus cielos, y el sabor que tiene la brisa cuando beso sus palmas.

Al inicio éramos cuatro. Llegamos dos por aquí y dos por aquel lado. Luego, nos vimos en el cañón. Desde allí partimos y desde entonces estuvimos juntos. Somos exiliados, nunca firmamos un armisticio. A pesar de ello, somos de palabra, y la palabra hace al hombre. Pero, el hombre se pierde si no tiene cabeza, y eso se pierde fácilmente. A eso tememos.

'Cuando recuerdo, siento, de manera vívida, que quisiera estar en el lugar en el que estoy, pero en otro tiempo, cuando se podía sentir el calor de las brasas. Ahora, ni las palabras ocupan el espacio que existe entre nosotros. ¿Quién curará nuestras heridas?' Son ecos de la noche anterior, antes de que fuéramos tres.

El hombre partió a la mañana siguiente. Sabemos a dónde fue, pero nos costó saberlo. Es pesado parpadear con una arena como ésta, sin embargo, encontramos las huellas de sus pisadas.

'Está lejos', pensamos, *'porque el frío llega por el norte, y tenemos que tapar nuestras caras'.* Comenzamos a usar máscaras. Nos acostumbramos. Y continuamos el camino. No lo seguimos.

A partir de ese momento llegó el hambre, y con ella la enfermedad. Sólo el calor de un árido amor mantuvo el pulso y la cadencia de nuestra marcha. Al llegar al oasis, probamos de su agua y comimos de sus frutos. *'No se pierdan en el opio'.*

Nuestra piel recuperó el color, de cetrina se tornó rubicunda, y el llanto se convirtió en risas. *'¿Qué lugar es éste?'* Esa noche, la brisa nos cubrió con su manto, y nos arrulló con su silencio. Nos sumergió en lo profundo de su cielo sin decir más. *'No sé'.* Y al siguiente día, tras despertar, quedamos sólo dos. *'¿En dónde está el otro?'* Idílico.

El tono sepia de la mañana era parte del matiz del camino que cruzamos. Estando cerca, el niño cayó. No pudo levantarse. No tenía color. Aceptó a la Luna. Está aquí junto a mí. Son sus ecos, estoy seguro. Quiero estar junto a él y caigo en mis rodillas, porque no puedo más. Pero no beso el

suelo, siento calor. Siento la brisa, tiene un sabor dulce. Algo sostiene mi caída. Puedo abrir mis ojos, sé que está aquí. Veo que es ella, y la siento. Me sostiene y yo, a cambio, beso sus palmas.

Capítulo 4

La Cumbre

Mudos y llanos días hay de nuevo en la colina donde se congregan, después de mucho tiempo, el hombre con su feligresía.

Naciera la mañana o parpadease la noche, han dudado en reunirse, porque vieron que hay torbellinos a lo lejos, allá abajo donde termina la llanura y que a duras penas los únicos pájaros que la vuelan son los cuervos, y eso no es de buen augurio. Quién dijera que los alcance y les vuele sus cosechas, que a pesar de todo poco les deja para comer.

Lo reciben con abrazos, unos con besos fríos, calientes y, los más desconfiados, con el ceño fruncido. Terminada la algarabía una tanda lo acobija y otra tanda se queda en la cuesta revisando suspicazmente que no haya nadie esperando abajo, vigilando en la oscuridad. Saben que ha llegado la noche, también lo que pasa cuando la noche llega.

Nueve días han pasado y diez son los que van contando, desde que decidió buscarlos, por eso no pierde más el tiempo y lo tiene calculado. Prefiere pasar una noche fría que una vida acorralado.

Observa desde las pencas que una tanda está en su ronda, y voltea al cielo que ya está más negro que ocre. Se acuesta de lado midiendo el lazo que lleva colgando en el pantalón. Termina de medir y lo vuelve hacer.

Ni que fuera muy difícil matar ese mezquino.

Cuando ya no hay más que puntos blancos en el cielo con sus manos pellizca sus labios y silba en orden de que sus hombres suban la cuesta y le limpien el camino. Así van callando de a poquito cada jacal, hasta que todo está en silencio.

Abajo, se prepara tabaco, anunciando que su noche comienza, cuando muchas otras mueren. Se arrulla con la orquesta de los grillos, esperando entrar en escena, cuando uno de sus lacayos se acerca y le dice "jefe, ya lo hicimos."

Termina su tabaco y sacudiéndose, aprestado por la situación, asiente y se levanta.

- Inútil- contesta.
- Sí, jefe.

Sube la cuesta con pasos lentos, aunque firmes, imprimiendo sus huellas sobre la tierra, mientras escucha los grillos, ladridos, rebuznos y relinchos.

Percute su gabardina cubierta de polvo y repara en el frío árido que hace mientras pierde el calor del tabaco que fumó.

Finalmente llega a los jacales, vaciados de sus cuerpos apilados afuera de las puertas, sin detenerse, sin apurar el paso. Están todos fríos, desnudos y grises. Pasan de pintarse rojos a azules, morados y, por último, cuando la luna los mira, están blancos.

Se imagina cómo se verían si los colgasen vivos. Se les pondría la cara gorda, y estarían llorados, perdiendo el aire rápidamente y con la lengua tapando su garganta, para morir con los ojos abiertos y la boca bien seca.

Se ven mejor si los cuelgan ya muertos, además de que es menos trabajo, hasta están mejor vestidos, aunque el que intenta cargarlos desiste, porque están duros y no se pueden doblar. Entre todos ellos no está el muerto que busca. Ese es para rematarlo él solo.

- De todas las pocilgas no hay rastro del cerdo que busco- dice a sus hombres antes de entrar al establo.

Hay un hombre amarrado en una silla, enfrente de un fuego, que escupe saliva con sangre y tiene dientes de menos. Sabe lo que le espera y recibe más golpes de los que ha recibido en toda su vida.

- ¿Es tu manera de saludar? – Dice casi ininteligible.

- Me costó encontrarte. Hombres y tiempo. Me duele el tiempo, eso no se recupera. Soy de pocas palabras. Vengo a lo que vengo.

Da vueltas alrededor del hombre y saca de su gabardina una fotografía con un mensaje en el reverso. La estudia minuciosamente, como en muchas ocasiones atrás, tratando de encontrar parecido entre los rasgos hinchados de un próximo muerto, con el vivo perpetuo de la imagen que tiene en su mano. No encuentra parecido en la fotografía ni en el escrito.

- Es lo que pensé.

Y con un mazo resquebraja la cabeza del hombre. Una, dos y tres veces. Es un hombre cansado que no pierde el tiempo. Se sacude de nuevo, de las cenizas del fuego, se limpia las manos para no mancharse y sale del establo. Enciende un tabaco, expulsa el humo y siente el frío de su noche número diez.

De pronto escucha el grito de una mujer y cansado le dice a uno de sus hombres: *ya sabes qué hacer.*

Advierte que hay un ruido en los matorrales allá colina abajo y desenfundando su rifle apuntando a donde ilumina la luna, ve a un

hombre corriendo, levantando la tierra.

Sonríe, apaga su tabaco y toma su soga, para medirla de nuevo.

Capítulo 5

Tierra de nadie

Hoy despertó con la muerte encima. Tal parece que lo sigue, tal parece que durmió a su lado. Dejó marcas en su cuerpo, con úlceras en las pantorrillas y los brazos macerados. Le duelen hasta los huesos, miembros hinchados llenos de flema que se quieren reventar. Observa sus manos con los dedos astillados, punzando de calientes, sin poder levantarlos.

Todo está mojado, su cuerpo tumbado entre los charcos, donde hay puro lodo de tierra roja que sabe a hierro. El valle está cubierto por la niebla, no sabe si es de día, tarde o noche, tanto así que, si alguien volara estos cielos o si Dios le concediera el deseo de quitarle por fin este peso, no lo podría encontrar.

Pobre...

Pobres de nosotros, aquí no hay más que puros muertos, y ni esos enteros que están. Qué suerte que tiene, que al menos puede pensar. Que al menos puede sentir.

¿Está vivo? Sí, lo está.

Se levanta a duras penas, sus pies resbalan y cae, una de sus astillas le abren la piel. Se levanta otra vez, a penas más duras, para, claro, volver a caer. Como que está adormecido y sus piernas flaquean, pero se mantiene en pie.

¿Hay alguien aquí? - gritó-.

¿Alguien vivo?, ¿alguien muerto?, ¿alguien que quiera despertarse de su sueño?

No hay quien conteste, sólo el aire y no sabe hablar con él.

El viento tan delicado como es le susurra al oído y peina su cabello, o lo que queda de él, y lo acaricia de arriba abajo y lo deja y se va al lado y hace lo mismo de nuevo.

Lo demás es tan tosco que el aire ni los toca: hombres, mujeres y niños, todos por igual, son un banquete. Unos están completos, casi todos están

por partes, tan difícil volver a pegarlos para ver cuántos de verdad hay.

Pasó horas contemplando sus rostros, las expresiones de su horror, que no supieron lo que sucedió, ni lo que pasa ni lo que ocurrirá. Siendo sincero, tampoco yo. Cuando termina de ver una, sigue con otra y para eso tiene que buscar, esquivando con la mirada las manos, brazos, hombros, dedos y piernas, una nueva cara, algo familiar. Ésta es de una mujer. A ella la conoce, burló el cerco donde los tenían como animales de matadero. Corrió muchos kilómetros y minutos más tarde cayó.

Escucha suspiros, esos alientos débiles que se dan cuando se va perdiendo poco a poco el alma. Aquí hay alguien vivo todavía, quién sabe quién, quién sabe dónde. Por supuesto que no responde. Y en este lugar en donde de todo movimiento nace un eco, es fácil volverse loco, por eso vuelve a gritar.

Capítulo 6

Un Hombre

Anoche soñé con un hombre. Era de una estatura no más alta que la mía. Con una voz tan clara y grave, que cualquier sonido que su boca emitía resonaba la caja de Pandora que vive de mis recuerdos, que recuerdo vagos por ahora, que es muy temprano para recuperar el control.

¿Que qué me dijo? Vayamos a saber. Vaya yo a saber. Que me urge, que hay necesidad de esto, de quitarme esta intriga, a la que me entrego aprisa con mayor curiosidad por disipar esos humos que ocultan el tumulto de letras, signos que me apresto a descifrar.

Tan pronto como pueda liberar mi cuerpo, podré cumplir con mi promesa y continuar con ahínco, someter estas pasiones que disfrutan jalar de mi gatillo, y matarlas muy gustoso, de una vez por todas, por haberme sometido rompiendo cualquier tregua y despertar de su descanso a quien belicoso zarpa jornadas completas. Sólo por una noche.

Justo en el ocaso de un año, que recibí con un abrazo y contestó con un flechazo en mi centro, entre dos hemisferios en la línea de la sien, me he visto obligado a contraer con desencanto nupcias con un futuro que no parece muy alentador.

Tan dispuesto estaba de besar a la novia de esta triste y dilatada boda, que sabiendo esto las nubes apresuraron su paso y nublaron el cielo, para momentos después despedirnos de un festín de comida amarga que agradezco no haber tenido que probar. Mientras tanto, sin causar tanto alboroto, me escabullí de esta tortura china, imaginando que a lo lejos había alguien que me hacía señas, pero en este caso particular, para verlo tenía que parpadear. Y tenía que hacerlo muy lento.

Llovía a nuestro alrededor, justo como hoy se cristaliza el campo que veo, remojándose los jilgueros que saltan y vuelan, saltan y vuelan refugiándose de un aguacero que parece que alguien nos riega con cántaros.

Hace mucho tiempo que no llueve así como ahorita. Precipitan del cielo, cayendo sin cese, y las lluvias duran días, y refrescan las mañanas alterando reumas, transportando miasmas que se ve que vienen desde allá arriba. Y yo sigo hablando.

Vuelan y saltan, vuelan y saltan.

Conversaba con un hombre que estaba viendo a los jilgueros. Y me dijo que no me preocupase, que los miedos son pasajeros. Que cuando lleguen las tormentas nunca guarde sus aguas, porque riegan más agua que la que puede cargar un hombre y, a menos que quiera ser cuerpo de un hombre nada más, sólo desvíe su efluvio a los surcos que nutran el huerto de las virtudes.

Comenzaron a verse los destellos, asomándose detrás de las colinas, que acompañan a un viento tenebroso que sopla y no se detiene, arreciando sobre el verde al que sepulta bajo un marco gris.

Después se escuchó el trueno, e inmediatamente cada mundo en mi cabeza comenzó con su faena.

Procuré inquirir en sus intenciones, sin embargo, lo único que dijo fue que no era momento de saber, que no me mojase de más, que correr rápido no le conviene a quien aún no aprende a caminar.

Insistí dos veces más, sin respuesta, entonces crucé el zaguán, siguiendo unas huellas que trazaban el camino. Había alguien más ahí.

Protegido por la teja, el silencio hacía eco de mis dudas, agravando mi angustia.

-No seas tan exigente- replicó.

-Tampoco esperaba una respuesta tan pronto- contesté
-Hay cosas que no entiendes.

-¿Y qué son esas cosas, entonces?

-Un día lo sabrás. Yo no te lo puedo demostrar.

-¿Será cuando tengas las putas míseras ganas de demostrarlo? Porque puedo comenzar a esperar, basta sólo con decirlo.

-No, ya has esperado suficiente tiempo.

-Eso es de lo que estoy hablando.

-Lo siento, lo siento mucho—suspiró, colocando su mano en mi hombro.

-¿Más vale tarde que nunca, verdad?

Pronto hubo un vacío y me sentí ligero, era mucho más pequeño, y al voltear, por brazos tenía alas y por piel, plumas. Sorprendido salté una vez. Salte de nuevo, y pronto comencé a volar. Estaba emocionado, y

sorprendido de que todo lucía diminuto. El follaje no era más que un puñado de tierra que podría tomar con una mano. El viento hacía de mi cuerpo un proyectil y en el mismo me suspendí, impulsado junto a otras ánimas que, como yo, mantenían su vuelo.

-Todo esto es tuyo.

Volé hasta el cansancio, visitando el lugar del que partí y allí estábamos los dos, conversando uno al lado del otro, cuando la precipitación, siendo más violenta me obligó a un aterrizaje accidentado.

Recuperé la conciencia, siendo mi propio espectador, sin ver a un punto fijo, manteniendo una conversación solo y con mis ropas doblando mi peso de tanta agua que absorbieron. Es entonces, y sólo entonces, que reparé en que tenía frío.

A pesar del embrollo que me hace despertar cayendo de la cama, hoy es más que frecuente que mi mente despierte antes que mi cuerpo, y toda fuerza por moverlo se resuelva de un impulso no medido que me tire de mi lecho, y continúo sin saber de quién son los pasos en el zaguán. Caí dos veces por pisar sobre las huellas queriendo evitar un paso en falso y envuelto en ira, maldije con coraje: esta lluvia ahoga los sueños que enérgicamente busco desfibrilar. A pesar de todo esfuerzo, es mucho para un hombre y cedo ante el torrente sólo por hoy.

Así, con más preguntas que respuestas, desfilo hacia el campo, volviendo sobre mis pasos en el lodazal, sólo para encontrar un cuerpo que conozco y que no me reconoce.

Capítulo 7

Mátame antes de que te olvide

Él bajó de la cumbre esquivando los mezquites y cortando pastizales y allí lo vio, allí estaba el cuerpo de ese mezquino que buscaba y que no le dio el gusto de quitarle la vida. Yacía ante la luz de la luna. Buscó entre sus ropas algo que robarle y así quedar, al menos en muerte, lo más próximo a un mano a mano. Sacó monedas, un cigarro y de sus pantalones, arrugada, su última posdata:

En las próximas horas el mundo se va a acabar. Decir esto es muy vago, para unos es como decir que en algún momento lloverá, que mañana ocurre después de hoy, o que en un año habrá un nuevo calendario. Con tal certeza viven con desdén, sin cuidado, sin saber por cuánto tiempo habremos de pensarnos; tal vez unas horas hasta el día siguiente. Incluso puede haberse terminado nuestro tiempo sin tener yo algún recuerdo.

Así los pájaros vuelen, disparados en pavor y sus parvadas se estrellen, suicidas en el hervor del pánico que comande su confusión, para mí en ese momento, con toda seguridad, nutrida con el canon de la maldita erudición que al respecto corre por mi sangre, ya habrá sido demasiado tarde.

No habré conseguido salir de estas paredes de concreto de esta isla artificial, de todo aquello conocido por ustedes y a lo que erróneamente se refieren con la palabra casa, pero que, con objeto de encontrar redención y expiar mi nombre, mi razón, mi alma, recomiendo a ustedes en su futuro prefieran hacer saber con la connotación de hogar.

Pues a quién he de mentir, nadie sabrá de mí, ni de los secretos que guarda cada una de estas grietas que justo ahora cuento, una por una, con un arte que, de ser considerada una profesión o, mejor aún, gozar del título nobiliario de deporte popular, me haría dueño de una gran riqueza. Tan así, que ni siquiera sufriría de la cojera de ese arduo trabajo que representa el intento de sellarlas antes de convertirse en nidos de ustedes, aves de rapiña, gente de mala calaña.

Grietas que se convierten en su seno, maman su nutriente, para después diseminarse como metástasis con su desagradable y mezquina otredad, dejando tras su paso escarchas que sirven de desecho, dignas de cualquier otra quimera que quiera anidar de nuevo y que se resista a ser tratada con el agua que lava mi cuerpo con la intención de paliar el dolor

de esta soledad.

Habrán, por otro lado, transcurrido un sinfín de horas, durante las cuales un hombre nuevo que en un inicio laceró su propio núcleo atravesando su corteza, no sin ayuda, y en otras desventuras bajo coacción, haya disecado todo raciocinio, lo que su materia gris esconde y no puede ver, mucho menos comprender, encontrando que el siguiente paso era disecar su corazón con tal paciencia que sólo en sueños ustedes conocen, buitres, para ser un híbrido parchado que vive contando innumerables posquirúrgicos.

Conservando en cada paso una guía de luz en forma de una vela austera que me mantiene cuerdo en un intento actual de redimirme, otrora de conseguir amar, es que pierdo esa esencia, esa chispa que no se mantiene ni se aviva con textos labrados y colmados de adornos, aunque carentes de paciencia y del aroma que emana del agridulce resplandor de la experiencia. Relativa más que absoluta negación.

¿Qué es del desvelo altruista qué pregonas? ¿Que no hay ganancia ni en especias? ¿Que el ahuehuete no ha crecido en varios días? ¿Entonces cuánto dura tu duelo?

Y en seguida, entre dos amaneceres, impasible me señalas dónde dejé mi último escalpelo para ya no volvernos a ver. Y como de la rutina nace la costumbre, ustedes, bestias, hoy dormirán sin notarlo, ensimismadas en una orgía de traiciones que prefiero no imaginar, porque hoy pienso como ustedes, perdiendo la memoria y con la impaciencia muy asequible, compartiendo su perdición.

Por eso tengo miedo de este, mi último escalpelo, que no recordaré después de haberlo usado, porque habrá un hombre nuevo, al que rehúso involucionar por consecuencia de meros infortunios que he compartido con ustedes, mis maestros, y cuyos caminos no quiero volver a cruzar. Por eso hoy prefiero hacer algo nuevo.

Por eso dilato el tiempo buscando ser un Titán, abrazando con anhelo un calor sincero que ya no puedo separar del dolor, y que precipita el decaimiento de mi memoria, dejando una gran merma de la que ya no sé ni qué decir. Memoria que ya no vuelve, porque se va para siempre con todos los recuerdos que ya no sé qué son. Por eso márame, antes de que te olvide.